

Saavedra y el goticismo

*José J. Sanmartín**

1. INTRODUCCIÓN

La Europa de las guerras de religión fue un escenario cruel donde la diplomacia que encarnaba Saavedra quedó sometida a presiones e imponderables de grueso calado. El deber moral —autoimpuesto por la monarquía habsbúrgica española— de reconstruir la Cristiandad como basamento político y religioso era, entonces y ya con anterioridad, una empresa abocada a la ruina económica de sus proponentes, aunque no necesariamente al inmediato fracaso político. El ejercicio de una mayor presión sobre los escenarios —bélicos y diplomáticos— de la Europa que sucedió a Felipe II fue una prioridad política de creciente magnitud para los gobernantes españoles, menos dogmáticos de lo que se les ha reconocido. La defensa de la religión católica que impulsaba España significó también la protección de los correligionarios que se hallaban en distintos lugares de Europa, a veces lejos de un poder político obediente a Roma que pudiera velar por su seguridad, incluso aislados entre mayorías protestantes abiertamente anticatólicas.

Esa idea de auxilio al oprimido confesional motivó importantes esfuerzos materiales y movimientos militares que, de haberse aplicado una mentalidad puramente mercantil, jamás se habrían acometido. Ya la propia invasión de Inglaterra, en tiempos de Felipe II, se consideró bajo el prisma del sometimiento que sufrían los hermanos de fe en las Islas Británicas. El factor religioso era un elemento consustancial —y, al menos en apariencia, sinceramente vivido— por los dignatarios españoles. Esta situación produjo su propia espiral en el campo de la diplomacia, donde se negociaba partiendo de valores considerados eternos e intemporales por las partes, aun buscando la incardinación del contrario en alguna fórmula que pudiera satisfacer la seguridad colectiva. Desde luego, la restauración del acuerdo confesional era inviable. La regeneración que pretendía aportar el orbe católico mediante la Contrarreforma

* Profesor de Ciencia Política y de la Administración de la Universidad de Alicante.

satisfizo mínimamente —antes al contrario— a los países y territorios protestantes. La razón de Estado frente al hecho religioso¹.

2. DIPLOMACIA COMO IDEALISMO

Saavedra Fajardo, amparado por la obra del Conde Duque de Olivares, fue un competente servidor de la monarquía hispánica y un sincero creyente². Sin embargo, como ha subrayado Chudoba, la misma política exterior de Olivares fue demasiado continuista³; la desatención a la hora de modernizar adecuadamente recursos y objetivos, sobre todo la incorrecta definición —y ponderación— de instrumentos, condujo a la diplomacia española hacia una situación de no retorno.

La lealtad es un hecho reconocible en la obra diplomática y literaria del pensador español que, sin embargo, no deben disminuir su vertiente más empírica, menos dogmática, como fue su capacidad de seducción intelectual para conseguir objetivos políticos. John H. Elliott adscribe a Saavedra Fajardo como mentor de manuscritos en defensa de la posición española⁴. Nítidamente, Saavedra fue un pensador claramente alineado con la posición de su rey, su patria y su religión⁵; sin asomo de dudas, ni fisura alguna. Por tradición y familia, el ilustre murciano sabe en todo momento el lugar que le corresponde, así como sus deberes y obligaciones⁶. Su lealtad al servicio de la Corona española es un hecho que —significativamente— le prestigia en las cortes europeas; más, si cabe, cuando la orientación de las armas se torna desfavorable a los colores ibéricos.

Honor y gloria. Como un legionario romano, leal a la promesa que debe a su soberano, Saavedra se mantiene firme en su posición afrontando la cadena de acontecimientos que, de forma inexorable, rebana trozos de prestigio y territorio de la misma monarquía a la que tan excelentes servicios prestó. Al

1 En esta turbia y tensa encrucijada de la Historia, Diego de Saavedra y Fajardo hubo de afrontar lo que García Pelayo denominaba como «la polaridad entre religión y política», en tanto que «para mantener la religión era preciso mantener el reino y éste tiene una propia lógica que puede entrar en oposición con el logos religioso; para que el rey salve su alma es preciso que salve su reino, pero una y otra salvación pueden contradecirse», M. GARCÍA PELAYO, *Obras completas*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1991, p. 1206 (de su libro *Del mito y de la razón en la historia del pensamiento político*).

2 J. PASTOR DÓMINE, *Don Diego de Saavedra y Fajardo*, Academia Alfonso X El Sabio, Murcia, 1956.

3 B. CHUDOBA, *España y el Imperio (1519-1643)*, SARPE, Madrid, 1986.

4 J. H. ELLIOT, *El conde duque de Olivares*, RBA, Barcelona, 2004, pp. 470-480.

5 J. SÁNCHEZ MORENO, *Formación cultural de Saavedra Fajardo*, Academia Alfonso X El Sabio, Murcia, 1959.

6 D. DE LA VÁLGOMA, *Los Saavedra y los Fajardo en Murcia*, Academia Alfonso X El Sabio, Murcia, 1957.

mismo tiempo, el diplomático español demostró que su fidelidad era compatible con un sentido práctico de extraordinario valor para su causa. *Corona Gótica* es una lograda manifestación intelectual de esa simbiosis, casi umbilical, entre idealismo y pragmatismo que Saavedra supo cultivar con refinamiento intelectual e insólita habilidad.

El diplomático movió hábilmente las pocas piezas de que disponía para reforzar la posición de su rey y de su país. El tablero europeo planteaba unas condiciones implacables a la hora de jugar el ajedrez del poder. Saavedra empleó los recursos que pudo reunir bajo la divisa de que un enemigo común, superior y temible unía a antiguos adversarios para lograr su propia salvación. La supervivencia de una potencia mediana, significaba el sostenimiento del resto de aliados. La Francia de Mazarino era el rival que amenazaba a Europa. Saavedra transmitió la idea de que Europa se enfrentaba a un antagonista irreductible, cuya acción erosionadora constituía un ataque frontal a las mismas bases de convivencia de los pueblos y la seguridad de los Estados. España, sostiene el pensador murciano con inteligencia política, es una nación responsable moralmente de sus actos y cumplidora de sus compromisos internacionales.

La carga de la prueba aportada por Saavedra fue, precisamente, la religiosidad de los españoles y de su gobierno. Ante el acercamiento español, la sinceridad de la fe que sentían tan vivamente los súbditos de Su Católica Majestad era la mejor garantía que podía darse ante los recelos de los países hasta ahora enemigos. Frente a la política maquiavélica de crueldad y engaño que practicaba el gobierno francés, el calculo de Saavedra exigía que España aprovechara la brecha de desconfianza que Mazarino provocaba en Europa. Para ello era preciso anteponer el sentido de la ética, firmemente arraigado en el espíritu cristiano que hermanaba a los europeos, para lograr el objetivo común de debilitar el poder de Francia y, de forma consiguiente, reforzar la estabilidad de los países y Estados medianos.

Si bien es cierto que la idea de decadencia está presente en la obra de Saavedra, también es verdad que la percepción de crisis, de marasmo político y social a causa de la guerra, no era exclusivamente hispánica, sino que igualmente anidaba —con estridente arraigo— en la conciencia europea. De hecho, el propio Dowling hizo referencia a la «idea de degeneración»⁷. De ahí que el diplomático español optase por pulsar las fibras vulnerables de la opinión continental para lograr la recomposición de un statu quo mayoritariamente asumible. La sensación de derrumbe histórico, de caída sin precedentes, era

7 J. C. DOWLING, *El pensamiento político-filosófico de Saavedra Fajardo. Posturas del siglo XVII ante la decadencia y conservación de Monarquías*, Sucesores de Nogués, Murcia, 1957, p. 91.

especialmente sufrida por los países de poder emergente desde hacia varias décadas (Suecia, en particular) pero que carecían del soporte militar, demográfico y económico de Francia, cuyas aspiraciones a la hegemonía resultaban peligrosas para buena parte de Europa.

3. IDEALISMO COMO DIPLOMACIA

En una Europa convulsionada por campos de batalla ensangrentados, los Estados concernidos se aprestaban a celebrar el Congreso de Münster; un nuevo foro donde se negociarían los asuntos según la relación de fuerzas resultante de los últimos conflictos. Resultaba claro que España era una potencia ya claramente debilitada por el esfuerzo bélico y la situación económica. Saavedra comprendió cabalmente que era necesario articular una nueva línea de defensa para proteger a la monarquía⁸. Su catolicismo, que exhibe de manera resuelta y calculada en las páginas de *Corona Gótica*, no es una provocación dirigida «contra» el adversario; antes al contrario. Se trataba de una garantía de autenticidad aportada a la dirigencia protestante —culto, instruida, reciamente instalada en el poder político— al objeto de que valorase la coherencia del autor español. Una obra demasiado conciliadora en materia doctrinal, por parte de este fervoroso y conocido creyente en la Iglesia de Roma, sería considerada como una impostura; en definitiva, una demostración de mentira política.

Saavedra debía mantener su confesionalidad religiosa —y su dogmatismo formal— haciéndola valer como activo espiritual, es decir, que contribuyese al refrendo moral probatorio de la buena fe de España para iniciar el camino de la paz con una serie de países, hasta entonces antagonistas. La insistencia que se palpita en *Corona Gótica* sobre la religiosidad de los reyes y gobernantes como causa determinante de la gloria o la ruina de un Estado, buscaba

8 Resulta sorprendente que una obra tan prolija y documentada como *Don Diego de Saavedra y Fajardo y la diplomacia de su época* (Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1998) de Manuel Fraga Iribarne, fuese parca en el tratamiento de la intencionalidad política y diplomática de *Corona Gótica*. No obstante, Fraga realiza una magnífica exposición de los problemas políticos —con sus frecuentes contradicciones— que entraron en colisión a causa de las tentativas de acuerdo. De hecho, en varios temas parece atender las tesis del padre jesuita G.J. Bourgeant, quien en su *Histoire de la Paix de Wesphalie* (París, 1751) ya recogió la intencionalidad política de Saavedra para aislar a Francia. Por su parte, Murillo Ferrol también suscribió la versión de Bourgeant, asimismo secundada por Roche y Tejera, respecto que *Corona Gótica* se concibió como una operación política, mediante el sutil perfil de las artes diplomáticas, para atraer la simpatía sueca hacia la posición española; de ahí, la búsqueda de afinidades débilmente sustentadas por los hechos históricos pero de enorme utilidad política. En palabras de Murillo: «una intención política oculta», F. MURILLO FERROL, *Saavedra Fajardo y la política del Barroco*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1989, p. 120.

crear un efecto político calculado: la virtud, encarnación misma de la verdad, no puede fragmentarse. Si destruimos la fe cristiana común al compartimentarla entre distintas facciones, estamos condenando también nuestras posibilidades de alcanzar la sabiduría que otorga la virtud. Resulta necesaria, pues, la reunión de los cristianos que realmente sienten la llamada solidaria de Cristo, por encima de los egoísmos alumbrados en los cenáculos del poder. El camino cierto e inextinguible de la revelación divina, sostiene Saavedra, nos brinda la providencial oportunidad de reconstruir —entre todos, para todos— la verdad última. Nuestra salvación depende de la capacidad que demostremos a la hora de implantar la justicia en la sociedad.

El mito de la decadencia española durante la primera mitad del siglo XVII olvida la capacidad de reacción demostrada por el Imperio a la hora de armar su defensa y de mejorar posiciones en los campos de batalla y de la administración. Israel señala el año 1639 como el definitivo momento de inflexión, cuando las pérdidas —económicas, militares— sufridas en la batalla de las Dunas y en Brasil dejaron a España en una situación de extrema debilidad⁹.

«A partir de 1639 España no se esforzó ya más, ni tampoco podía, en lograr ganancias de los holandeses mediante el uso de la fuerza», quedando reducida «al papel de una potencia hecha añicos que procuraba tan sólo conservar frente a fuerzas superiores lo que aún poseía»¹⁰.

Sin embargo, la influencia política de Saavedra continuó más allá de su óbito, en tanto que la búsqueda de alianzas —tangenciales incluso— dentro de la familia europea y cristiana debía apuntalar la seguridad imperial¹¹. La «declinación» de España lo era más en el campo militar. Resultaba imposible mantener el imperio a salvo de la codicia de potencias extranjeras y agentes comerciales internacionales que, sirviéndose de piratas, tretas, engaños y servicios, causaban enorme daño a la población y a los bienes de la Corona. La fidelidad a la religión católica había sido un principio rector de la política exterior de los Austrias españoles; más, si cabe, en período de crisis. Saavedra

9 J. I. ISRAEL, «Un conflicto entre imperios: España y los Países Bajos, 1618-1648», en J. H. ELLIOT (editor): *Poder y sociedad en la España de los Austrias*, Editorial Crítica, Barcelona, 1982, pp. 145-197.

10 Ibidem, p. 192.

11 «La solución que se probó a partir de 1648 fue intentar forjar una relación política especial con las Provincias Unidas como un contrapeso frente a Francia e Inglaterra, que según afirmaban los ministros españoles representaban una amenaza para el bienestar tanto de la república como de España (como efectivamente sucedía), y también para proporcionar los medios políticos con los que moderar el ímpetu de la penetración económica holandesa» (J. I. ISRAEL, o.c., p. 196).

procura también modular, que no erosionar, ese estrecho sistema de valores diplomáticos, en el sentido de hacer transitable el acuerdo con el enemigo de ayer, incluso con el apostata o hereje, a cambio de obtener paz y seguridad para los buenos católicos leales a Su Majestad¹². La naturaleza humana es mudable y voluble, dada su fragilidad, sostiene el pensador murciano; el vacío espiritual que inevitablemente sentirán los protestantes de Holanda, forjadores de una religión volcada al comercio, les hará regresar al camino de la Iglesia romana. Y esto se producirá mejor y antes si España tiende puentes con sus oponentes.

En su epistolario, Saavedra dirige desde Münster una misiva al Soberano, informándole sibilamente de hechos sucedidos y expectativas que pudieran acaecer.

«Dice también este confidente que a quien más temen los franceses es al Imperio, y que si viesan estrecharse los tratados de acomodamiento entre los protestantes y el Emperador, caminarían al asiento de la paz, por no quedarse afuera, y así juzga por conveniente que se acepte la negociación con protestantes. Lo que yo sé es que desean la paz, cansados con las calamidades de la guerra, y que harán demostración dello si se persuadiesen aquí. También V. Magd. la desea, porque los franceses tienen persuadidos a lo contrario»¹³.

4. EL PODER DE LA ÉTICA

Frente al nuevo dogma político de «raison d'Etat» que, ya con entidad autónoma aparece escindido de la ética, Saavedra continuó formalmente la defensa de la cosmovisión cristiana de universalidad del bien, traducido en la primacía de la concepción moral de la vida. «La visión de la malignidad general en su tiempo es clara, y hasta obsesionante, en Saavedra Fajardo»¹⁴. El diplomático español era persona de firmes convicciones, cuya sentida espiritualidad suscitó su reluctancia hacia cualquier modalidad de teocracia post-medieval. Al mismo tiempo, Saavedra creía firmemente en la capacidad que

12 «Lo que más admiré fué de que muchos príncipes, arrimado el cetro, hinchaban los fuelles para animar las llamas, con no menos codicia que los demás. No pudimos sufrir la vehemencia del olor de aquellas sales, de cuyas cocciones nacían efectos nunca imaginados de la filosofía» (D. Saavedra Fajardo, *República literaria*, edición, prólogo y notas de V. García de Diego, Espasa-Calpe, Madrid, 1973, pp. 65-66).

13 D. SAAVEDRA FAJARDO, *Obras completas*, M. Aguilar editor, Madrid, 1946, p. 1355.

14 J. A. MARAVALL, *Teoría del Estado en España en el siglo XVII*, CEC, Madrid, 1997, p. 239.

tiene la persona de regenerar su vida de manera individual, partiendo de una auténtica catarsis moral; de ahí su fino ataque al pensamiento de Maquiavelo. Como espléndidamente retratará Maravall, Saavedra critica la falta de realismo de ese pretendido empirismo de tamiz maquiavélico,

«que no cuenta con la acción de la Providencia, la cual, actuando sobre la Historia, sobre el ser concreto y real de las cosas humanas, y ejerciendo ya en lo temporal un sistema de recompensas y castigos, inserta indisolublemente el deber ser en el ser cotidiano y real de nuestras vidas»¹⁵.

A pesar de todo, Giorgio Spini consideró en un trabajo un tanto iconoclasta que desde Saavedra emergían ciertas trazas de maquiavelismo¹⁶. Obviamente existe un profundo conocimiento de Maquiavelo por parte del autor español, además de compartir el sentido de la realidad y otros elementos, pero en modo alguno puede tildarse a Saavedra de pensador cripto-maquiavelico, en tanto siempre dio primacía a la moral sobre el poder. *Corona Gótica* también ha sido atacada por su pretendida falta de rigor y, en opinión de algún autor, a causa de su prosa hiperbólica¹⁷.

El pensamiento político que contiene la obra está reciamente sustentado en cimientos morales, pero abierto a la exploración de otros ámbitos que permitan la convergencia táctica entre posiciones distintas. El compromiso ético como asidero definitivo para el desarrollo político de un país, España, devorado por las pasiones cainitas y los apetitos foráneos.

15 Ibidem, p. 395.

16 G. SPINI, «Uno scritto sconosciuto di Saavedra», en *Hispania*, julio-septiembre, 1942, pp. 438-451. Sobre la tesis de Spini, el propio Murillo Ferrol ya indicó su criterio de que le parecía arriesgado asignar la titularidad del manuscrito al pensador español, en cuanto el referido texto contiene, en todo caso, «demasiado maquiavelismo»; véase F. MURILLO FERROL, o. c., p. 19. Por su parte, Giorgio Spini fue moderando sus planteamientos de juventud (vinculados al protestantismo y más alejado de la moralidad de cristiano antiguo que desprende la obra saavedriana) hasta el punto de reconocer, ya con perspectiva histórica, lo que fue su percepción de la realidad intelectual durante el régimen fascista en Italia: «Però l'Italia di Starace era pure l'Italia della cui grandezza ci assicurava il filosofo Gentile con una imperturbabilità che neppure le peggiori canagliate e pagliacciate smossero mai. Lo confesso: non ho mai avuto —non ho mai potuto avere— una valutazione obbiettiva di Gentile e del gentilianesimo. Lo ammetto: non ho lavorato quanto avrei dovuto sul Rinascimento e forse ho ecceduto in parzialità a favore dell'apporto inglese alla civiltà moderna» (G. Spini, «Considerazioni conclusive», en A. E. BALDINI, y M. FIRPI (a cargo de), *Tradizione protestante e ricerca storica. L'impegno intellettuale di Giorgio Spini*, Leo S. Olschki editore, Florencia, 1998, p. 110).

17 Por ejemplo, es el caso de la crítica formulada por Sempere y Guarinos en su obra *Biblioteca española económico-política*, Madrid, 1801, tomo III.

«Esta felicidad acompañó al rey Recaredo hasta los últimos días de su vida, habiendo echado de España casi todas las reliquias de los romanos y domado á los navarros; con que, no solamente dejó eternizada su memoria, sino mereció tambien que la divina Providencia continuase hasta hoy la gloriosa línea de su sucesion en los reyes de España hasta los tiempos presentes. Premio fué no solamente de su piedad y religion, sino tambien de su modestia en las victorias y de su ardiente deseo de la paz, pues aunque en diversas batallas triunfó de los reyes de Francia, y pudo (habiendo sido siempre provocado) seguir el aura de su fortuna y despojallos de sus reinos, les envió diversas embajadas, persuadiéndoles que por el público sosiego y por el bien recíproco de los vasallos se redujesen á la paz, la cual alcanzó últimamente con los vínculos del matrimonio dicho. Vicarios de Dios en la tierra son los reyes, y falta à la sustitución de su divino poder los que aman la guerra, siendo Dios quien se precia de ser la misma paz»¹⁸.

Saavedra no era un idealista radical que solo pretendiera la consecución del sueño imperial y cristiano de los Austrias españoles. En última instancia, lo que este eficiente políptico transmite es un mensaje de posibilismo y coherencia. Posibilismo con los demás; coherencia, con nosotros mismos. Esta es, para el diplomático murciano, la base de la tarea titánica que le corresponde afrontar. Por un lado, salvar el honor de la Corona y de la monarquía hispánica, a las que se debe; por otro, lograr una aproximación hacia un sector del bando protestante sin merma alguna para la dignidad de la causa española, ni debilitamiento de la alianza habsbúrgica, como tampoco perdida de los valores, principios y creencias que simbolizaba el Estado de los Austrias¹⁹.

Desde luego, la diplomacia y el gobierno de la época quedaron completamente desbordados, entre otras razones, por la capacidad de Richelieu, luego

18 D. SAAVEDRA FAJARDO, *Corona Gótica, Castellana y Austríaca, políticamente ilustrada*, recogida en *Obras de don Diego de Saavedra Fajardo y del licenciado Pedro Fernández Navarrete*, Biblioteca de Autores Españoles, Tomo Vigésimoquinto, Imprenta de los Sucesores de Hernando, Madrid, 1920, p. 339.

19 «Los españoles son el pueblo del honor, de la dignidad personal individual y, por tanto, de la gravedad en lo individual. Este es su carácter principal. Pero en él no hay un verdadero contenido; pues ponen la dignidad en el nacimiento y en la patria, no es la razón. Su caballerosidad ha descendido así hasta convertirse en un honor inerte, que es bien conocido: la grandeza hispánica. En la industria han permanecido rezagados; las clases del Estado no han logrado la independencia. El Estado y la Iglesia no se han encontrado en oposición, porque ambos han dejado incólume aquella dignidad individual». Estas y otras circunstancias, todo ello ha coadyuvado a impedir «la génesis del yo en ningún aspecto» (G. F. HEGEL, *Lecciones sobre la filosofía de la Historia universal*, Alianza Editorial, Madrid, 1999, p. 676).

Mazarino, a la hora de pergeñar acuerdos con adversarios antagónicos de los Habsburgo; los cardenales lograron acrecer el poder de Francia de forma notable en la etapa anterior a Münster. A su modo de ver, las relaciones entre Estados se regían por el criterio de interés (básicamente material y/o estratégico), y menos por afinidades religiosas²⁰.

No obstante, la posición de Saavedra aporta matices relevantes que enriquecen su discurso oficial. En primer lugar, el diplomático español realizó una operación dual procurando la convergencia entre «raison d'Etat» y equilibrio de poder. La «razón» última de los Estados nacionales reside en la configuración de una sólida red de alianzas que permita su supervivencia y, por tanto, se evite la preeminencia abusiva de una potencia sobre el resto. El trato entre países debe ser equivalente al que corresponde a reyes y príncipes; de igual manera que el mantenimiento de linajes y dinastías, la mutua protección, es un hecho asumido, así debiera serlo también la garantía suprema de evitar la dislocación completa de una potencia cuya ausencia de la cartografía del poder europeo podría acarrear más inconvenientes que ventajas. Equilibrio de fuerzas y cálculo político.

«Es obligacion de los reyes castigar los desacatos hechos á las personas reales, aunque hayan dejado de reinar; porque la dignidad siempre es una y la venganza de las injurias del antecesor es seguridad del sucesor y una recomendación á los que después le sucedieren. No habría ceptro seguro si lo que se pecó en el gobierno pasado no se castigase en el presente»²¹.

Al objeto de validar la nueva estrategia que Saavedra sugiere a unos y a otros (tanteando a los dignatarios y embajadores protestantes, persuadiendo a su soberano) también debe plantear su formulación partiendo de la legitimidad que aportan sus credenciales anteriores, no desmintiéndolas, ocultándolas ni refutándolas. Así se expresa en *Corona Gótica*. El cambio táctico, que no necesariamente estratégico, que prepara Saavedra carecería de credibilidad ante sus oponentes del norte de Europa si, de forma súbita e inexplicable, el diplomático renunciase a sus creencias más arraigadas, dando un giro copernicano a su pensamiento. Una transformación drástica, a ese nivel y en

20 Kissinger ha subrayado los triunfos cosechados mediante la política de Richelieu, así como la desactivación de valores morales que, en España, tuvieron mayor —y más larga— influencia. «Los Habsburgo eran hombres de principios, y nunca comprometieron sus convicciones, salvo en la derrota. Por tanto, al comienzo de esta odisea política se encontraron totalmente indefensos ante las implacables maquinaciones del cardenal» (H. KISSINGER, *Diplomacia*, Ediciones B, Barcelona, 1996, p. 57).

21 D. SAAVEDRA FAJARDO, *Corona Gótica*, o.c., p. 369.

este preciso momento, sería interpretado como una prueba de la debilidad de España, no tanto de astucia diplomática. Ello atraería mayores peligros contra los dominios imperiales —y, presumiblemente, un creciente ensañamiento por parte de sus enemigos—. Saavedra lo sabe, y por ello opera unas calculadas modificaciones que afectan a algunos contenidos singulares y, menos, a las formas.

Corona Gótica demuestra que la elite dirigente de la España habsbúrguica ya consideró entonces, medio siglo antes de la Alianza, el acuerdo con el poder protestante como una posibilidad tangible. La verdadera innovación de Saavedra es que, por vez primera, esta conciliación táctica se estudia como vía estable. En el siglo XVI, los acuerdos con señores y príncipes protestantes habían sido resultado, por lo general, de la espiral bélica. Ahora, el diplomático murciano busca mayor duración y profundidad a la entente que pueda crearse. Hay que partir, pues, de bases sólidas. Esta obra saavedriana, aun inacabada, fue un aldabonazo de apoyo a la apertura de nuevos canales de interlocución; y ello bajo la pretensión de conferir contenido efectivo a una identidad compartida en fundamentos básicos como la Historia. Hacer del adversario español una figura mejor conocida por los europeos que le habían combatido hasta entonces.

El libro de Saavedra busca fuentes de legitimidad que asocien a suecos, españoles y austríacos, al tiempo que espacio abierto para que distintos Estados germánicos pudieran incorporarse a la empresa común que es el mantenimiento del equilibrio en la Europa continental. La amenaza de un reino francés excesivamente poderoso, con aspiraciones de hegemonía militar y política, sólo podía compensarse con alguna clase de alianza (defectiva, de no agresión, al menos) con Suecia, cuya órbita de influencia no colisionaba ni total ni frontalmente con los intereses de la monarquía hispánica.

El inquebrantable servicio a la Corona demostrada por Saavedra a lo largo de su ejecutoria como diplomático y hombre político, hacen incomprensible la elaboración de esta obra de no contar al menos con la aquiescencia de dignatarios del gobierno. Jamás una persona de tan alto sentido de Estado habría realizado *Corona Gótica* si ello hubiese podido quebrantar —o perjudicar un ápice— la posición de su país en el tablero europeo.

5. LA ÉTICA DEL PODER

Saavedra debía afrontar una emergente visión de la política internacional que se nutría, entre otros, del pensamiento de Descartes y —sobre todo— de Maquiavelo. ¿Qué argumentos contraponer a la exhibición de realismo, no exento de crueldad, que aportaban Richelieu o Mazarino? La verdad última; el único factor realmente disuasorio en una Europa oficialmente creyente.

La justicia divina y, sobre todo, su castigo, fue empleado por Saavedra como cohorte complementaria a la pérdida de vigor militar de los Tercios españoles. Sólo la aproximación, aun siendo tangencial e indirecta, al catolicismo podrá garantizar el mantenimiento del poder a reyes y príncipes de países protestantes. Saavedra sugiere que, por su propio interés (y se trata de una finalidad material a la postre, como es mantener el estatus de gobierno), algunas naciones y Estados protestantes deberían aprovechar ese tiempo para converger con la España dolorida pero digna, sometida por Dios a una dura prueba para luego restituirla a su gloria pasada.

«Es la religión vínculo y firmeza de los imperios, unidos en un culto los ánimos. Pero si hay en ella diferencias ó mudanzas, se perturban y dividen en facciones; de donde nacen las conversiones de los dominios de unas formas de gobierno en otras, excluidos los señores naturales, ó por mano de los súbditos ó por aquella de la divina Justicia; de que hay diversos ejemplos en nuestra edad, pues casi todos los príncipes que se apartaron de la religión católica, siguiendo las sectas de Lutero y Calvino, perdieron el ceptro dentro del quinto grado»²².

Por otra parte, el criterio de Saavedra concede preeminencia a la causa moral antes que a la idea de Estado. Y ello a pesar de los elementos quasi modernos que incorpora a su filosofía política²³. De hecho, el tacitismo que practica el pensador español se enriquece con una visión más amplia y plural de la realidad. «La política es una ciencia rigurosa y su rigor procede exclusivamente de la Historia»²⁴. Con todo, resulta necesario evaluar la doctrina oficial de la época —formalmente compartida por Saavedra Fajardo— y, tengámoslo presente, se trata del mismo autor que, poco antes, había afirmado con expresa resolución que «la ruina de un Estado es la libertad de consciencia»²⁵.

22 Ibidem, pp. 328-329.

23 M. SEGURA ORTEGA, *La filosofía jurídica y política en las «Empresas» de Saavedra Fajardo*, Academia Alfonso X El Sabio, Murcia, 1984.

24 F. MURILLO FERROL, *Saavedra Fajardo y la política del Barroco*, CEC, Madrid, 1989, p. 123.

25 D. SAAVEDRA FAJARDO, *Empresas políticas*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1999, p. 708. De esta misma empresa, Ortega ratificó el estudio de Saavedra en *La rebelión de las masas*. «Agudísima la conocida empresa política de Saavedra Fajardo: una flecha: y debajo: «O sube o baja». Eso es el Estado. No una cosa, sino un movimiento. El Estado es en todo instante algo que viene de y va hacia. Como todo movimiento, tiene un terminus a quo y un terminus ad quem. Córtese por cualquier hora la vida de un Estado que lo sea verdaderamente, y se hallará una unidad de convivencia que parece fundada en tal o cual atributo material: sangre, idioma, «fronteras naturales». La interpretación estática nos llevará a decir: eso es el Estado. Pero pronto advertimos

En *Corona Gótica*, la primera tarea del autor es marcar su territorio mediante la exposición de las reglas del juego. Saavedra no permite la discusión sobre principios considerados inatacables, fundamentales de la vida humana, como la existencia de Dios. Al partir de este hecho, asumido por las partes, adviene el despliegue lógico: Dios, suprema autoridad de la Creación, tiene potestad plena para disponer de nosotros. Y esto sucede conforme a unos criterios de equidad que, aun siendo inaprehensibles para la humana naturaleza, resultan derivados de nuestras acciones e inacciones. La rectitud moral, sostiene Saavedra, es la mejor garantía para preservar la felicidad. Dios todo lo puede y todo lo ve; evitemos, pues, actuaciones infames que puedan provocar la ira divina. De hecho, la idea latente de la obra saavedriana sostiene la vigencia de unas normas y valores que, siendo superiores a la propia voluntad de los Estados, exigen el respeto y acatamiento de todas las partes.

«Desde que Witiza negó la obediencia á la Iglesia empezó a caer la monarquía de los godos en España. Esta fué la principal causa de su ruina; no la que cree el vulgo y aun graves escritores [...]; porque con mayores vicios de los antecesores se había levantado y mantenido el imperio de los godos por muchos siglos. La experiencia muestra que suele Dios disimular desacatos á sus mandamientos, pero no inobediencias á la suprema potestad de su Iglesia. Ni es posible que duren los reinos que, teniendo antes sus fundamentos en la piedra della, los mudaren á otra parte; de que tenemos muchos ejemplos pasados y presentes»²⁶.

Al dedicar el libro al Príncipe de las Españas, el autor menciona expresamente su propósito de conseguir «*mayor gloria de la monarquía y bien de la cristiandad*»²⁷. Se trataba de una finalidad que podía ser igualmente compartida en la Europa del Norte. *Corona Gótica* era una obra destinada a ambos frentes en el campo de batalla, a través de un mensaje que trasciende la lucha política y el conflicto religioso para buscar, por iniciativa de unos y acuerdo

que esa agrupación humana está haciendo algo comunal: conquistando otros pueblos, fundando colonias, federándose con otros Estados; es decir, que en toda hora está superando el que parecía principio material de su unidad. Es el terminus ad quem, es el verdadero Estado, cuya unidad consiste precisamente en superar toda unidad dada. Cuando ese impulso hacia el más allá cesa, el Estado automáticamente sucumbe, y la unidad que ya existía y parecía físicamente cimentada —raza, idioma, frontera natural— no sirve de nada: el Estado se desagrega, se dispersa, se atomiza» (J. ORTEGA Y GASSET, *Obras completas*, Alianza Editorial, Madrid, 1994, tomo 4, pp. 258-259).

²⁶ D. SAAVEDRA FAJARDO, *Corona Gótica*, p. 373.

²⁷ Ibidem, p. 269.

de todos, bases mínimas de convivencia. La idea de Saavedra reside en partir de aquello que nos une, reforzando los elementos comunes en detrimento consciente de los hechos que nos dividen. Identidad, historia, tradiciones, costumbres, entre otros, son factores de cohesión para la Europa de mediados del siglo XVII, cuyos pueblos se hallan además hermanados en el crisol de la Cristiandad.

El debilitamiento de España, sostiene Saavedra, significaría asumir un peligro latente para el conjunto de Europa, que ésta no puede permitirse. El diplomático establece —en una exhibición de astucia política y capacidad de captación— una metáfora inducida entre la caída del reino visigodo —emparentado con pueblos germánicos y escandinavos— tras la invasión norteafricana iniciada en 711, con una situación asimilable que pudiera darse en la España del momento. Por su propio interés, a Europa no le interesa el derrumbe de la frontera sur de la Cristiandad. Una España que, por inexorable devenir histórico, puede resurgir en el futuro con mayor fuerza y ansiosa de venganza contra los países que la dejaron postrada²⁸. La buena vecindad es también, para el pensador español, una inversión política de primera importancia.

El argumentario empleado por Saavedra mediante el ejercicio del simbolismo histórico proveyó en parte las explicaciones de las siguientes generaciones. *Corona Gótica* no es únicamente un libro de historia; se trata, más bien, de un tratado sobre lo políticamente factible en una época donde prácticamente nada —o sea, prácticamente todo— era posible.

«Nota también la providencia de Dios en que cuando el imperio romano empezó en el oriente á faltar á la fe, levantó en occidente un rey de España católico que la mantuviese congregando concilios, donde se condenaron todas las herejías de aquellos tiempos y á los autores dellas. Con el sol se levantaron los estandartes de la Iglesia, y hasta aquí han seguido sus pasos. Quiera Dios que no los pierda de vista este hemisferio»²⁹.

En un continente destrozado por las guerras y las matanzas, donde sólo parecía contar la fuerza y el poder, Saavedra reivindica la recuperación del buen juicio, basado en el lazo más sólido que cohesiona a personas y creencias distintas: el respeto entre todos para lograr, al menos, la convivencia. El mensaje del diplomático reside en cimentar las relaciones políticas sobre la

28 «La divina Providencia, que tiene por estilo fundar sobre trabajos y persecuciones la religión católica» (D. SAAVEDRA FAJARDO, *Corona Gótica*, p. 330).

29 Ibidem, p. 320.

idea de equilibrio variable; esto es, que un país se halle en la cumbre de su dominio obliga —no libera— a conseguir mejores alianzas en previsión de una inexorable regla histórica que, para Saavedra Fajardo, obedece al impulso divino, como es la mudanza en las relaciones de poder ascendiendo a unos países y cayendo otros en decadencia. El poder, por tanto, consiste en administrar sabiamente lo que se tiene en cada momento, evitando los alardes gratuitos o la fatuidad ornamental. Se vive y se gobierna para aprender de la Historia, forjar el presente y garantizar un futuro.

Corona Gótica representa un momento fundamental de la historia europea. El advenimiento al poder de los reyes visigodos en la antigua Hispania manifestó también la decadencia de un Imperio Romano incapaz de cumplir el papel que su pueblo y Dios le habían asignado. Deliberadamente, Saavedra adoptó el perfil de una Historia Sagrada para realizar su libro. La piedad y la lectura de la Biblia eran elementos consustanciales también entre las diversas confesiones protestantes del norte de Europa. De esa percepción de profundo e intenso cristianismo, surge la búsqueda de la raíz misma de la experiencia religiosa; esto es, aquella configuración social de lo moral que sigue uniendo a creyentes de una parte u otra del continente, es lo que el diplomático español pretende pulsar emocionalmente para lograr un efecto político y una reacción moral. De ahí, su insistencia en valores fundamentales como la generosidad, base de convivencia entre pueblos y naciones que hoy disputan, mañana transan, unos ganan, otros pierden; los ahora vencedores pueden encontrarse con que la correlación de fuerzas cambie, en un futuro sin porvenir, siendo ellos los perdedores de un juego esquivo como es la vida, alentado siempre por Dios.

«Este curso de vitorias atemorizó tanto á los suevos y gallegos, que, sin atreverse á nombrar rey, se resolvieron á ganar con la humildad y rendimiento lo que no podían con las armas, y enviaron una embajada á Teodorico con los sacerdotes mas ancianos y venerables; los cuales con las vestiduras y ornamentos que usaban en los divinos sacrificios se ofrecieron en su presencia, y postrados á sus pies, con lágrimas y sollozos le pidieron perdon de parte de todo el reino. Tal demostracion, acompañada de la reverencia y respeto que se debe á lo sagrado, hizo tan gran efeto en la piedad del Rey, que no solamente les concedió el perdon, sino tambien que pudiesen elegir rey; en que mas se descubrió su piedad y grandeza de ánimo que su razon de estado, pues pudo hacellos feudatarios sin dalles rey, cuyo titulo es siempre peligroso á los confinantes; pero, como ninguna política mayor que obligar á Dios y esperar de su divina providencia, y no de las artes humanas, el premio, le experimentó luego en su persona y en las de sus sucesores; porque,

extendida por el mundo de la fama desta accion, y de no haber pretendido el imperio, le estimaban todas las naciones y príncipes, procurando su amistad y confederacion, llamándole el Conservador; y desde entonces fué creciendo el imperio de los godos en España, incorporándose en él (como dirémos) el de los suevos, siendo Teodorico el primero que puso su silla real en España»³⁰.

En sus admoniciones políticas, Saavedra se manifiesta contrario a la desnaturalización del gobierno monárquico, siendo especialmente crítico con el servilismo de ciertos cortesanos y súbditos. Se trataba de un mensaje, escasamente elíptico, que podía molestar a algunos vasallos de Su Majestad, servidores directos del poder político.

«Sintiendo mucho el rey Alarico que el edificio de una iglesia alta, puesta en frente de su palacio, donde se veneraba una reliquia del mismo santo, le quitase la vista á un lugar ameno, llamado Liguria, lo confirió con Leon, ministro suyo, el cual le facilitó el abajar la iglesia, y encargado por orden del Rey de la ejecución, la intentó; pero apenas empezaron los oficios á derribar la iglesia, quando quedó ciego Leon: pena bien merecida en quien, lisonjero, respetó mas los antojos del Rey que la casa de Dios. Quedó castigado el consejo, y no el mandato, porque en los pecados de los príncipes tienen los ministros mas parte que ellos mismos»³¹.

La política, por tanto, es defendida por Saavedra como un instrumento de cambio y mejora, un procedimiento ajustado a reglas y sometido a compromisos. «En Saavedra Fajardo se manifiesta con toda claridad la idea del origen divino de la potestad pública en cualquiera de sus formas»³². El autor murciano niega la mayor a Maquiavelo o Richelieu: no todo vale en el juego del poder. Saavedra funda su teoría política sobre las bases de un aristotelismo renovado, cuyo elemento central exige la consecución del término medio; ese espacio donde resulta factible la conciliación de posiciones divergentes, aun incursas en abierto conflicto. Los acuerdos deben cumplirse; las normas, aca-

30 Ibidem, p. 297.

31 Ibidem, p. 308.

32 J. A. MARAVALL, o .c., p. 144.

33 «La gran lección de don Diego fue la honradez y la objetividad como político y como escritor. Despreció los engaños y desenmascaró a los lisonjeros. Buscó el justo medio y se alejó de los perturbadores extremismos. Cultivó el buen juicio y la discreción. Encarnó las virtudes de su siglo y su obra fue de las más leídas en la difícil Europa de su tiempo» (F. J. DÍEZ DE REVENGA, *Saavedra Fajardo escritor actual y otros estudios*, Academia Alfonso X El Sabio, Murcia, 1988, p. 32. Del mismo autor, *Saavedra Fajardo*, Academia Alfonso X El Sabio, Murcia, 1977).

tarse³³. Lo contrario es el derrumbe ético de la sociedad, el tránsito inexorable hacia la decadencia. La inmoralidad siempre reclama su tributo.

«No hay disculpa en quien empezó a obrar bien y acabó mal, conociéndose entonces que el defecto es de la medida, y no de la naturaleza»³⁴.

La prosecución en pos de la justicia aparece de forma permanente en esta obra, donde Saavedra advierte contra los aciagos cometidos por reyes y dignatarios, elogiando las cualidades más cristianas (humildad, caridad, bondad, entre otras). Un verdadero gobernante debe aprender de cada circunstancia, por desventurada que le haya resultado; más, si cabe, cuando estamos obligados a examinar nuestros actos al trasluz de los hechos que la desgracia arrastra, al objeto de conjurar las causas profundas —las únicas reales— de nuestra desdicha³⁵. La soberbia, enhiesta figura en el hombre vanidoso, devora nuestras obras.

«Escarmentado Alarico en el suceso de Radagaso, y fiado en la fe de la confederación y en las asistencias de Honorio, marchó luego la vuelta de las Gallias»³⁶.

El acierto del rey visigodo fue corregir un error anterior; su descuido, confiar en los hombres lo que sólo es dable a Dios: la fe. Saavedra sostiene la imposibilidad de exigir y esperar del ser humano lo que pertenece al Todopoderoso. La felicidad debe obtenerse por medios propios de la armonía natural que ampara nuestras acciones; ello nos ensalza como personas. Por el contrario, la guerra entre hermanos, aun divergiendo en las manifestaciones

34 D. SAAVEDRA FAJARDO, *Corona Gótica*, p. 317.

35 En este contexto mental, surge la imagen romántica —tan castiza también— del héroe abandonado, que no solitario, destruido, que no derrotado, en pos de un ideal de justicia que la sociedad ya no practica. El mismo Francisco Ayala ya calificó a las *Empresas políticas* como una «pieza importante de la importante literatura antimaquiavelista» (F. AYALA, *El pensamiento vivo de Saavedra Fajardo. Estudio y selección de las Empresas políticas*, Ediciones Península, Barcelona, 2001. Primera edición publicada por Editorial Losada en 1941, p. 23). Al mismo tiempo, esta literatura «representa ese patético obstinarse en lo imposible, tan español, y ese sostener con enconada desesperación, hasta la muerte, una causa perdida, sencillamente porque es justa y es propia; ese querer regirse por principios de un mundo y de una realidad social ya periclitada, que encuentra su genial plasmación mítica en el Quijote, —sostenedor de la justicia a trueque de descalabros, y empeñado en gobernar su conducta por las ya descaídas normas medievales que nadie observa en torno suyo. De igual manera sostiene esa literatura un pensamiento político cuyos supuestos de realidad habían desaparecido» (F. AYALA, o. c., pp. 23-24).

36 D. SAAVEDRA FAJARDO, *Corona Gótica*, p. 273.

religiosas, conduce a la destrucción de los cuerpos y de las almas. ¿Qué resto de humanidad queda cuándo vivimos presa del «temor», de la «angustia»? De ahí las advertencias de Saavedra sobre la falta de moral en la vida política, donde no hay sosiego del espíritu ni paz para las personas. La «traición» es un hecho permanentemente sospechado en demasiadas páginas del libro y de nuestras vidas. La deslealtad de Honorio contra Alarico, aprovechando una festividad religiosa de los godos, legitima la victoriosa reacción del rey bárbaro; ello impele al emperador romano a ejecutar a Estilicón y a su hijo al objeto de disimular los propios errores, también como efecto secundario, para aplacar a Alarico.

«Pero como la prudencia humana no anteve los sucesos futuros, y se gobierna solamente por los pasados y presentes, yerra mucho en sus resoluciones; y así, se halló después engañado Honorio, porque perdió aquel gran general y no dejó satisfecho á Alarico, el cual no pudo persuadirse que sin orden suya se hubiese atrevido Stilicon á romper el tratado hecho. Mas sano consejo hubiera sido disimular hasta después del peligro; porque á veces conviene mantener un traidor, como suele convenir no curar una herida»³⁷.

Saavedra pondera la sensatez demostrada por Teodorico cuando —en evitación de un mal mayor— acepta las explicaciones dadas por la embajada de Trasmundo, aun sabiendo la falsedad de las mismas. Este sentido político quedó patente en el pensamiento saavedriano como un hecho palmariamente positivo, de sutil lectura política respecto a las relaciones entre los reinos europeos.

«Admitió Teodorico la excusa, no porque la tuviese por legítima, sino porque el dalla es parte de satisfaccion, y porque los príncipes prudentes la admiten para desempeñarse de los agravios que sin grave peligro no pueden vengar con la espada»³⁸.

La suerte de una causa depende también de las cualidades morales de sus dirigentes.

«No se ensoberbeció Leovigildo por esta victoria; porque, como advertido en los casos de la fortuna, reconocía cuán sujetas están las armas á ligeros accidentes, y que entre los laureles y palmas

37 Ibidem.

38 D. SAAVEDRA FAJARDO, *Corona Gótica*, p. 310.

triumfantes echan mayores raíces y mas copiosos frutos los olivos pacíficos; y aunque pudiera valerse de las amenazas para obligar à Guntrando à la paz, se la pidió con ruego y con dones»³⁹.

Sin embargo, la reacción de Guntrando, que envía una armada para invadir el reino desde las costas gallegas, genera la ayuda divina a Leovigildo y el consecuente cambio de estrategia por parte visigoda.

«Este desprecio de la paz y nuevo rompimiento obligó á Leovigildo á ordenar á Recaredo, su hijo, que entrase por Francia, juzgando que era mas conveniencia mantener la guerra en el país ajeno que esperalla en el propio; y que ninguna cosa turbaba mas á aquella nacion impetuosa que el verse acometida, como sucedió; porque, no solamente rompió su ejército, sino tambien ocupó dos villas, donde habia gran número de gente, la una por acuerdo y la otra por fuerza»⁴⁰.

El discurso de Saavedra va en doble vía: al interior (España, Estado, Corona) y al resto de Europa. Evitar la alineación rígidamente católica era ya una necesidad vital, de pura supervivencia, para la monarquía hispánica. El diplomático español lo sabía; y a pesar suyo y de sus convicciones religiosas, transita tímidamente hacia la nueva situación. Un esfuerzo titánico teniendo en cuenta el punto de partida; un paso insignificante ante el momento histórico y la configuración de fuerzas.

«Y no te espantes, que los más en el mundo no nacieron más que para ser sombras de la pintura, no luces ni reales; porque un hermano segundo, ¿qué otra cosa es sino sombra del mayorazgo?; el que nació para servir, el que imita, el que se deja llevar, el que no tiene sí ni no, el que no tiene voto propio, cualquiera que depende, ¿qué son todos sino sombras de otros? Creedme que los más son sombras, que aquéllos las hacen y éstos les siguen. La ventura consiste en arrimarse a buen árbol, para no ser sombra de un espino, de un alcornoque, de un quejigo. Por eso yo voy en busca de algún gran hombre, para ser sombra suya y poder mandar el mundo»⁴¹.

39 D. SAAVEDRA FAJARDO, *Corona Gótica*, p. 327.

40 Ibidem

41 B. GRACIÁN, *El Criticón*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2000, p. 593.

6. CONCLUSIÓN

Saavedra, por tanto, no peca de ingenuidad, como tampoco incurre en dogmatismo, sino que pretende conducir a su lector desde la primera hasta la última página de un libro donde expone una construcción histórica, de clara intencionalidad política, sobre la decadencia y conservación de los reinos. El autor español comprendía cabalmente que la cercanía con el adversario se basaba en los contenidos, y algo menos en las formas; flexibilidad y rigor. De ahí su notorio repudio a los intelectuales puristas, quienes —con visibles aspavientos y alharacas— reclaman la sanación del país mediante la propuesta de costosos proyectos de indemostrable utilidad, siempre sufragados a cuenta de la pólvora del rey⁴². El objetivo de Saavedra —seducir mediante la calidad intrínseca de sus ideas— sólo podía lograrse a través de la continuidad, de la coherencia en su discurso. Una ruptura seca, cortante, entre lo dicho hasta ese momento y lo que pudiera expresar ahora —cuando España estaba en mani-fiesta desventaja en la hora grave de las tractativas internacionales— podía ser interpretado, en términos políticos, como el reconocimiento implícito de que la monarquía hispánica asumía su derrota en la escena continental.

En primer término, el autor expone la urgencia y la gravedad del momento que a Europa corresponde sufrir. «Habiendo venido á este congreso de Müns-ter por plenipotenciario de su majestad para el tratado de la paz universal, hallé en él mas ociosidad que la que convenía á un negocio tan grande, de quien pende el remedio de los mayores peligros y calamidades que jamás ha padecido la cristiandad»⁴³. Saavedra establece las reglas del juego intelectual que pretende desarrollar; el protagonista verdadero es el orbe cristiano en su conjunto, no un país singular sometido a una coyuntura concreta.

El diplomático murciano buscó el propio interés de los hasta entonces adversarios de España en el escenario europeo, particularmente Suecia, para conseguir un objetivo político predeterminado. El aparente culto al goticismo del pasado en la península Ibérica era una sofisticada estratagema táctica de Saavedra⁴⁴. Éste no cree en la superioridad étnica de los godos sobre otros pueblos; bajo ninguna circunstancia manifiesta afirmación alguna en ese sen-

42 «En otra parte estaban los filósofos dogmáticos, que asentaban por firmes sus proposiciones, constituyendo algunas cosas como bienes i otras como males; con que siempre bivían con el ánimo inquieto y perturbado, huyendo destas i apeteciendo aquellas. Más cuerdos me parecieron los filósofos scépticos, porque juzgaban como indiferentes las cosas, i así ni las deseavan ni las temían, sin que pendiese su felicidad o infelicidad de gozallas o perdellas» (D. SAAVEDRA FAJARDO, *República literaria*, pp. 59-60).

43 Ibidem, p. 271.

44 Sobre el goticismo en España, véase C. CLAVERÍA, «Godos y españoles», en *Estudios hispano-suecos*, Granada, 1954.

tido. Antes al contrario, el escritor español sostenía el carácter indispensable de la moral como hecho definitorio y auténtica vara maestra para medir la capacidad política de los reyes visigodos. El cumplimiento de los mandatos de Dios, de forma señalada, otorga mayores posibilidades de conservar el reino. No ha lugar, pues, para el determinismo en la obra saavedriana; el hombre puede cambiar su destino, para bien o para mal, según la calidad ética de sus actos. En este punto, se expresa con singular convicción religiosa apoyándose en el optimismo antropológico católico. A nosotros corresponde la reforma de la moral, la renovación de la virtud (en política, en sociedad)⁴⁵.

El tema de la conservación de la república, del mantenimiento del Estado, era una preocupación consustancial a los pensadores del Siglo de Oro. Saavedra, inmerso además en una exploración —más discretamente expuesta— sobre las causas de la decadencia española, se manifestó como una persona perspicaz y, al mismo tiempo, sujeta a unos límites doctrinales que impedían plantear —cuando menos, de manera frontal— las soluciones reparadoras de los males del país. Un acuerdo con Suecia, por ejemplo, era una opción política acariciada por algunos dirigentes de la monarquía, pero carente de respaldo suficiente. Saavedra no era políticamente candoroso⁴⁶; su sentido de la ética pública no obsta para que comprenda hasta donde puede llegar, así como tiene plena conciencia de los problemas que heredarán sus sucesores. *Corona Gótica* tiene un amargo sabor en tanto representa el esfuerzo final de un servidor de la Corona, cuyo patriotismo le empuja a despejar el porvenir

45 Azorín comprendió espléndidamente la idea saavedriana: «Los pueblos caducan y mueren. Pero no hagamos cuenta de este fatalismo; no nos dejemos aplanar por la resignación. Entre las cosas que siguen la corriente eterna figuramos nosotros; nosotros con nuestra inteligencia, con nuestra voluntad» (AZORÍN, *Saavedra Fajardo*, Real Academia Alfonso X El Sabio, Murcia, 1993, p. 93).

46 El propio Antonio Machado, a través de su alter ego Juan de Mairena, ya captó la realidad profunda de Saavedra. Su pretendida inocencia moral, trufada de ínfulas teológicas, no era tal: «Mas Saavedra Fajardo no era hombre tan ingenuo que, en sus reflexiones sobre la paz y la guerra, nos ofrezcan el tema enteramente desproblematizado» (A. MACHADO, *Juan de Mairena*, Ediciones Cátedra, Madrid, 2004, tomo I, quinta edición, p. 201). Sin embargo, el estilete machadiano acusa a Saavedra de practicar el principio de «*si vis pacem, para bellum*», pues el diplomático —infiere el poeta andaluz— acepta la validez del viejo axioma «*qui desiderat pacem, praeparet bellum*» que Flavio Vegecio Renato expusiera en su *De re militari*. Al mismo tiempo, Machado advirtió a los «arbitristas y reformadores de oficio» de los riesgos inherentes que asumen los precursores de ideas y los reparadores de males:

«Primero. Que muchas cosas que están mal por fuera están bien por dentro.

Segundo. Que lo contrario es también frecuente.

Tercero. Que no basta mover para renovar.

Cuarto. Que no basta renovar para mejorar.

Quinto. Que no hay nada que sea absolutamente impeorable» (A. MACHADO, o. c., p. 90).

legando una gestión pionera: el impulso de una nueva línea de pensamiento en materia diplomática, de especial utilidad para España⁴⁷.

Logro personalísimo del autor español fue expresar, a partes igualmente sólidas, tanto la razón como la fe. En su pensamiento, no existe contradicción alguna entre ambos vectores; antes al contrario. Saavedra establece que el comportamiento humano debe regirse por una pauta asentada en sólidos principios religiosos; sólo cumpliendo la voluntad de Dios el hombre puede salvarse y encontrarse a sí mismo. La sinceridad de su catolicismo es incuestionable; sin embargo, y al mismo tiempo, resulta necesario completar esa concepción mística de la vida humana con una serie de objetivos marcadamente políticos que el diplomático supo insuflar a sus propuestas intelectuales y materiales. Hacer país, regenerar la sociedad, establecer nuevos lazos de solidaridad, sin renunciar a los principios fundacionales de la Europa eterna. Una tarea de restauración de la paz y de la concordia que Saavedra asumió como deber moral. La ética como instrumento de vida.

47 Tomás y Valiente analizó la filiación casuista que también representó Saavedra, así como la metodología empleada por los teólogos morales y los teóricos de la política. Por ello, subraya este autor, «quizá el componente más importante del pensamiento de los teóricos del casuismo aplicado a la política sea su decidida y expresa voluntad de educar al Príncipe, formando su voluntad» (F. TOMÁS Y VALIENTE, *Obras completas*, CEPC, Madrid, 1997, volumen V, p. 3710. Pertenecce a su estudio «El Gobierno de la Monarquía y la Administración de los Reinos en la España del siglo XVII» publicado en la «La España de Felipe IV», de la *Historia de España fundada por R. Menéndez Pidal*, Editorial Espasa-Calpe, Madrid, 1982, pp. 3-214). Esa idea redentora, casi salvífica del espíritu humano a través de su elevación, estaba entroncada con el optimismo antropológico del catolicismo reformado que practicaba Saavedra.

